

dra angular, fundemos nuestra esperanza, abrazándonos como las ramas á este árbol de salud en que está nuestra verdad, nuestra vida y nuestro pan; ocutramos al aprisco de nuestro pastor, al regazo de nuestro esposo, á la salud de nuestro médico, al gobierno de nuestro rey soberano.

DIA SIETE.

Santo Tomas de Aquino, doctor.

Este célebre Doctor de la Iglesia y esclarecido astro del sagrado orden de predicadores, fué hijo de Landulfo, conde de Aquino, y de Teodora, cuyo padre era el conde Chieti de la casa de los Carraciotos; nació en Marzo de 1225 en el castillo de Roca-Sicca, en Italia. Un santo ermitaño predijo la grandeza á que llegaría Tomas, lo que junto á los talentos y prendas naturales que se descubrían en él desde su niñez, movieron á sus padres á ponerlo, cuando apenas contaba cinco años de edad, en el monasterio de Monte-Casino, para formar su corazón en la piedad, y el espíritu para las ciencias. Los progresos que el Santo hizo en la virtud y primeras letras fueron tan extraordinarios, que al hacerlos presentes á Landulfo el abad de Monte-Casino, lo exhortó á que lo dedicase á los estudios, asegurando el provecho que de sus talentos y virtuosas inclinaciones debería resultar á la Iglesia de Dios.

Conforme á estos consejos Tomas fué enviado á Nápoles, cuyas escuelas eran entónces muy célebres, y en ella aprovechó bastante en el estudio de las humanidades y dialéctica, sobrepujando á todos sus discípulos, y manifestando al mismo tiempo tanta piedad y sólido deseo de adelantar mucho mas que en las ciencias humanas en la mas importante de la salvacion, que, teniendo apenas diez y nueve años rompió los lazos de la carne y de la sangre, y despreciando las vanas esperanzas con que lo brindaba el mundo, solicitó ardientemente entrar en la religion de Santo Domingo, en cuyo noviciado fué efectivamente admitido con el mayor placer de los superiores, que ganaban para su Orden aquella preciosísima alhaja.

Llenó de asombro la conducta de nuestro Santo á todos sus parientes, amigos y conocidos, y de dolor á su madre, que luego que recibió la noticia partió violentamente á Nápoles, y se presentó en el convento exigiendo de los religiosos le dejasen ver á su hijo. Te-

meros los superiores de que su novicio sucumbiese á una tentación tan terrible, en que se remian para el triunfo la ternura y autoridad materna, no quisieron exponer á ella al jóven Tomas, y lo enviaron secretamente á Tarracina, despues á Anagni, y últimamente á Roma, donde lo ocultaron en su convento de Santa Sabina. Habiendo averiguado Teodora el paradero de su hijo, ocurrió á esa ciudad con la misma solicitud; mas irritada de haber sufrido otra repulsa como en Nápoles, llegando á saber que se había dispuesto mandar á Tomas á París á que en su universidad estudiase filosofía y teología, y estuviese á cubierto de las persecuciones de sus parientes, ordenó á sus dos hijos Landulfo y Reinaldo, que servían en la Toscana bajo de las banderas del emperador Federico II, lo sorprendiesen en el camino y se lo remitiesen preso á su casa; orden que fué obedecida cumplidamente, lográndose encerrar á nuestro Santo en el castillo de Roca-Sicca.

Increíbles son los padecimientos y terribles asaltos que en su misma casa tuvo que sufrir Tomas, é indecibles los triunfos que con la divina gracia alcanzó en esta prision doméstica. Sus parientes, unidos á su madre, empeñaron todos los medios posibles para vencer su constancia, valiéndose de los halagos, de las lágrimas, de las violencias y de cuanto estuvo en su alcance para seducirlo. Todo fué inútil: nada consiguieron sus artificios é importunidades, y el último arbitrio de que se sirvieron, intentando moverlo por las persuasiones de su hermana, jóven amable y de talento, acabó de desengañar á sus perseguidores; pues movida esta de las exhortaciones y ejemplos de su hermano, resolvió imitarlo, y renunciando un matrimonio ventajoso que tenía aceptado, dió de mano al mundo, y tomó el velo de religiosa en el monasterio de Santa Maria de Capua, donde vivió y murió santamente, despues de haber sido su abadesa.

Los hermanos de Tomas, Landulfo y Reinaldo, tomaron otros medios mas indecorosos para triunfar de él. Encerráronlo con mas estrechez en la torre, hicieronle pedazos la ropa religiosa, lo llenaron de oprobios y tratamientos indecorosos, y no logrando nada con ninguna de estas violentas tropelías, se valieron de una muger hermosa y deshonesta para que lo corrompiese. La circunstancia fué comprometida para nuestro Santo; pero en aquel conflicto quedó no solo victorioso, tomando un tizon ardiendo con que obligó á huir á la infame ramera, sino que alcanzó de Dios no volver á ser moles-

tado de los estímulos de la impureza, sintiendo en un sueño que dos ángeles lo ceñían con un cingulo, recibiendo con este signo, en premio de su fidelidad, el don de la continencia.

Noticiosos los dominicos de Nápoles del estado en que se hallaba su novicio, y de la constancia con que se había manejado en los dos años que llevaba de prision, se disfrazaron, fueron secretamente á visitarlo, le vistieron de nuevo el hábito, y con el auxilio de su convertida hermana le facilitaron los medios de salvarse por una ventana; cuando lo vieron en su convento, temerosos de perderlo otra vez, lo enviaron á Roma á su general Fr. Juan el Aleman, quien pocos dias despues lo llevó en su compañía á Paris, y mandólo despues á Colonia á aprender teología bajo la enseñanza de Alberto Magno, doctor de los mas insignes de la Orden.

En esta escuela hizo los mayores adelantos Tomas, y aunque su extrema taciturnidad, su circunspeccion y modestia, le adquirieron entre sus condiscípulos el apodo de *Buey mudo*, concluido su estudio en Colonia, manifestó sus grandes conocimientos en Paris, donde pasó á graduarse; explicando en seguida públicamente al maestro de las sentencias con tal acierto, que muy pronto sobrepujó su reputacion á la de Alberto el Magno, su preceptor, y aventajó la de todos. En efecto, no solo en su tiempo fué el hombre mas acabado en la filosofía y teología, sino que especialmente en esta última ciencia, es hasta el dia la admiracion de los sábios, y la autoridad mas respetada en las escuelas.

No fueron ménos ilustres que su ciencia sus virtudes. La mortificación de su cuerpo era extraordinaria, atendidas sus graves ocupaciones, sin que estas disminuyesen sus largas vigiliass, sus continuos ayunos y sus demas austeridades con que atormentaba su carne, sujetándola á su fervoroso é inocente espíritu. Su humildad era profundísima, y en medio de tantos y tan merecidos aplausos, hablaba de su saber con desprecio, atribuyendo solo á Dios los que nombraba escasos conocimientos. Su oracion era perpetua: ella precedía, acompañaba y ponía término á sus estudios; de esta abundante fuente sacaba la solucion de las dificultades, la inteligencia de las Escrituras, los sublimes pensamientos, las luces todas, que le han adquirido los gloriosos títulos de Angel de las escuelas: Maestro de los teólogos y Martillo de los errores y heregias.

Vióse precisado por sus superiores á recibir el grado de doctor en Paris; y en las turbulencias que ocurrieron en esa universidad, se

distinguió mucho su sabiduría, su prudencia y moderacion. En dicho establecimiento habia contraído la mas estrecha amistad con San Buenaventura, astro no ménos resplandeciente del Orden de San Francisco, y en la gran cuestion suscitada contra los Ordenes mendicantes, se reunió á este gran Santo, y escribió cada cual la victoriosa defensa de su respectivo cuerpo; que hizo enmudecer á sus adversarios: obras que despues sirvieron de modelo al eximio jesuita Francisco Suarez para hacer la de su religion; no ménos perseguida que lo fueron en sus principios las ilustres de predicadores y menores. Igual servicio prestó despues á la Santa Sede defendiéndola de los nuevos asaltos de la heregia de aquel tiempo, y de los antiguos que se intentaban renovar.

Sus trabajos literarios no se limitaron á Paris, enseñó ademas en varios lugares de la Italia, como en Bolonia, en Fondi, en Pisa y en Orvieto, dejando en todas partes monumentos grandiosos de su sabiduría y recomendables ejemplos de su humildad y demas virtudes, dando entre otros resplandeciente brillo á su santidad, la renuncia del arzobispado de Nápoles que pretendia darle el papa Clemente IV, y para lo cual lo habia hecho venir de Paris, á cuya ciudad habia vuelto.

Retiróse en seguida á su convento de Nápoles, donde entregado á la contemplacion y al estudio, continuó su célebre Suma, tan elogiada no solo por los padres mas acreditados de la Iglesia, sino por el mismo Jesucristo; pues estando una vez en oracion ante un crucifijo, arrebatado en un suavísimo éxtasis oyó le decia por la boca de la imagen: *Tomas, bien has escrito de mí; ¿con qué quieres que te premie?* A lo que nuestro Santo respondió: *Señor, con ninguna otra cosa sino con vos mismo:* gracia singularísima que repitió el cielo otras dos veces, una en Orvieto, cuando componia el oficio del Santísimo Sacramento, de que era muy devoto, y otra en Paris explicando lo que nos enseña la fé de este adorable misterio.

Tenia intencion de pasar el resto de su vida en Nápoles, cuando recibió órden del papa Gregorio X para asistir al concilio general que habia convocado en Leon en el año de 1274, y se puso en camino sin embargo de estar convaleciendo de un fuerte ataque de apoplejía, que lo habia privado por tres dias y dádole á presentir su próxima muerte. Apenas llegó al monasterio de Focanova, de la esclarecida Orden benedictina, volvió á recaer de la misma enfermedad, de la que fué asistido por aquellos monges, con la caridad que

les, era tan propia y el recomendable mérito del enfermo. Salíó nuestro Santo de aquel ataque, y entónces se dedicó, por dar gusto á los que tanto lo habian favorecido, á escribir una exposicion del *Cantar de los Cantares*, preparándose siempre á la muerte como el penitente mas penetrado del terror de los juicios divinos, aunque la vida pasada en la inocencia, en las austeridades y en la práctica de la perfeccion evangélica habia sido una continua disposicion para aquel terrible lance.

En efecto, esta recaída era la última: sintiendo nuestro Santo se acercaba su hora, se confesó y pidió el sagrado Viático, en cuya presencia hizo una solemne profesion de su fé, una humilde confesion de las faltas que como hombre podia haber cometido en sus escritos, y una sincera protesta de sujetarlos todos á la autoridad infalible de la santa Iglesia: finalmente, al otro dia de haber recibido la Extremauncion terminó su dichosa carrera y entró en el gozo de su Señor á 7 de Marzo de 1274, á los cincuenta años de su edad.

El abad y monges de Fosanova sepultaron honoríficamente su precioso cuerpo en su misma iglesia, y gozosos largo tiempo con la posesion de este incomparable tesoro, lo disputaron ardentemente á los dominicos que lo reclamaban, hasta que el papa Urbano V dió sententia favorable á estos últimos, quienes lo trasladaron al convento de su Orden de Tolosa el año de 1369, época en que ya el papa Juan XXII habia decretado la canonizacion de nuestro Santo, que se verificó en el de 1323.

La Epistola es del capítulo VII de la Sabiduría.

Yo desee la inteligencia, y me fué concedida; é invoqué el espíritu de sabiduría, y se me dió; y la preferí á los reinos y tronos, y en su comparacion tuve por nada las riquezas; ni pagáronme con ellas las piedras preciosas; porque todo el oro respecto de ellas, no es mas que una menuda arena, y á su vista la plata será tenida por lodo. La amé mas que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por luz, porque su resplandor es inextinguible: todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y por su medio he recibido innumerables riquezas. Y gozéme en todas estas cosas, porque me guiaba esta sabiduría; é ignoraba yo que ella fuese madre de todos estos bienes. Aprendí sin ficion, y la comuniqué sin envidia, ni encubro su valor; pues es un tesoro infinito para los hombres, que á quan-

tos se han valido de él, los ha hecho partícipes de la amistad de Dios, y recomendables por los dones de la doctrina.

El Evangelio es del capítulo V de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida, ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte. Ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemin, sino sobre un candelero, para que alumbré á todos los de la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No penseis que yo he venido á destruir la ley ni los profetas: no he venido á destruirla, sino á darla su cumplimiento: que con toda verdad os digo, que ántes faltarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una sola jota ó ápice de ella. Cualquiera, pues, que violare uno de estos mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare á los hombres á hacer lo mismo, será tenido por el mas pequeño en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos.

MEDITACIÓN

Sobre la eternidad de Dios.

Considera que Dios es eterno: en ningún tiempo empezó á ser: en ninguno cesará de ser; porque Dios es el que es. Yo soy el que soy; quiere decir, que subsiste por sí mismo, é independientemente de otra cosa; y por eso es un ser necesario, y por consiguiente inmutable, no siendo su esencia distinta de su existencia. Dios es ántes que todos los tiempos, y será despues de acabados estos; es en el tiempo, pero no es medido por él; encierra todos los tiempos en su eternidad, pero no está contenido en ellos; él es por el cual empieza todo, y él no empieza; él es por quien todo se adelanta, y Dios no se adelanta; por él va pasando todo, y él no pasa; por él todo acaba, y él no fenece. Nada se acaba, ni nada es futuro en la eternidad de Dios; todo es presente, porque Dios es siempre el que es. Los cielos, dice el Profeta, aunque parecen incorruptibles, perece-

rán; pero vos, Señor, quedáreis siempre eterno e inmutable. La eternidad de Dios es como roca inmóvil; el tiempo es como un torrente que pasa al pié de esta roca y que lleva consigo todas las cosas, siendo también él llevado por lo rápido de su curso; y naciendo y muriendo siempre, hace nacer y perecer á todo consigo. El mundo pasa con su figura; todos los que tienen asimiento á él, pasarán con él; pero vos, Dios mío, vos no pasareis: porque sois eterno, ni los que se unieren á vos se acabarán.

Considera que la eternidad de Dios es para nosotros un principio de muchas verdades verdaderamente grandes y propias para arreglar nuestras acciones; porque siendo Dios eterno es inmutable, y por consiguiente igualmente hermoso, igualmente bueno, perfecto; y por esta razon es siempre igualmente amable. ¿Pues de dónde nace que el amor que le tengo sea tan mudable é inconstante? Dios es el mismo siempre para mí; ¿por qué no seré yo siempre el mismo para con él? Siendo Dios eterno, es inalterable é inmóvil; ¿pues cómo no me llevo á él? El que se acoge á un arrimo tan firme y constante, está seguro. No así aquellos infelices, dice San Agustín, que se aseguran en las cosas transitorias, y que han de acabar; porque pasarán y acabarán con ellas. Dichoso de aquel que dice con el Profeta: Yo quiero asegurarme en Dios, y poner toda mi esperanza en él. Siendo Dios eterno, sus premios serán también eternos. ¿Pues qué mayor dicha podemos tener que servir á un Señor cuyos premios no pueden acabar, como ni él tampoco? Si sirvo á los grandes, ó á los reyes, y consigo su favor, estos grandes, estos reyes, su favor y todas las utilidades que puedo sacar; acabarán con ellos aunque sean muy elevados, y todos los que se acogieren á ellos, caerán con ellos. Pero hacia vos, Dios mío, cuya grandeza está afianzada sobre el solidísimo fundamento de la eternidad, no hay cosa que pueda pasar ni caer, como ni los premios que prometéis á los que os sirven. La eternidad es el premio que concedéis á sus menores trabajos; ¿pero qué eternidad? Una eternidad que es la posesion de una vida que encierra en sí todos los bienes y para siempre. ¿Qué dicha! ¿qué recompensa! Los condenados, dice Tertuliano, tienen siempre sobre sí todo el peso de la eternidad, y los bienaventurados gustan cada instante toda la bienaventuranza de toda la eternidad. ¿Dios es acaso menos ingenioso en el premio que en el castigo? Dios es eterno, y por consiguiente sus penas y premios son eternos. ¿Quién no temerá

ofender á Dios, pues puede hacer durar su venganza toda una eternidad! No temais, dice el Salvador, á los que solo pueden quitar la vida al cuerpo; sino temed á aquel que despues de haber muerto al cuerpo, puede tambien condenar el alma á un tormento eterno. Murmúrase algunas veces de la paciencia de Dios en sufrir á los pecadores; pero Dios es paciente, porque es eterno; tiene con que compensarse de esta paciencia en la eternidad de las penas á que destina á los que de ella abusan. Temed, pues, la paciencia de Dios, para que no despues te muestre todo el rigor de su justicia en la eternidad.

PETICION Y PROPÓSITOS.

La suerte que en esta vida me labrare con mis obras será la que me toque eternamente; de manera que toda la eternidad, con respecto á mí, está dependiendo de este tiempo brevísimo en que vivo sobre la tierra. Si vivo bien, la eternidad será para mí una fuente inagotable de inefables delicias. Si vivo mal, esta fuente no manará para mí sino amargura, y amargura en cuya comparacion son dulzuras las penas de esta vida. ¿Pues qué me detiene para abrazar de una vez la reforma de mi mala conducta? Si es inaccion, apatía, tibieza, debo vencerla, estimulándome con estas consideraciones. Si es alguna criatura que yo ame desordenadamente, debo renunciar de ella por su bien y por el mío. Si son mis reincidencias y mis vicios, debo trabajar en su correccion hasta morir, si es necesario, en esta empresa. Así os lo propongo, Dios mío, contando con vuestra gracia.

JACULATORIA.

Mi alma se adhirió á tí, Dios mío, no permitas que sea confundida.

LECCION.

Concluye la anterior.

Para terminar la enumeracion y explicacion de las diversas calidades ú oficios que ejerce Jesucristo despues de su ascension gloriosa á los cielos con respecto á los hombres en particular, deberiamos verlo primeramente como nuestro Juez; calidad que él mismo se ha dado y ha querido manifestar, quando nos ha anunciado por

medio de sus Apóstoles, que vendrá á juzgar algún día á todos los hombres, y que ha sido establecido por su Padre, Juez de vivos y muertos; mas como esta materia deba tratarse con mayor extension al exponerse el dogma de la religion cristiana, que comprende esta verdad, la dejamos para su artículo correspondiente, pasando á las últimas calidades que nos propusimos examinar hace dos días.

Jesucristo es el autor y consumador de nuestra fé. *Corramos á la batalla*, exhorta San Pablo á los hebreos, *poniendo los ojos en el autor y consumador de la fé, Jesus, el cual habiéndole sido propuesto gozo, sufrió cruz, menospreciando la deshonra, y está sentado á la diestra del trono de Dios.* Así es que nos da la fé por su gracia, nos la perfecciona y hace que la conservemos hasta el fin.

Jesucristo es el autor de la gracia. Innumerables son los lugares de la Escritura Santa en que se le atribuye esta calidad. Unas veces nos lo presentan como único dador y distribuidor de este don: otras con Dios Padre, y que en union con él es la fuente de donde dimana. *Gracia á vosotros, y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*, es la salutación del Apóstol San Pablo á los romanos. Con iguales ó semejantes términos se expresa al principio de la mayor parte de sus otras cartas, y su mas frecuente conclusion es la que sigue: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros, ó con vuestro espíritu.* Al concluir la segunda Epístola á los de Corinto, se hace mencion con especialidad de la gracia de Cristo, y la caridad ó amor de Dios como dones unidos. *La gracia de nuestro Señor Jesucristo y la caridad de Dios, y la comunicacion del Espíritu Santo sea con todos vosotros*; y la conclusion del Apocalipsis por San Juan, es igualmente: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros.* El término *gracia*, usado en la Escritura Santa, tiene una significacion muy extensa: literalmente equivale á *favor*; y en cuanto dice relacion con Dios, es aplicable á todos los dones, y especialmente á los espirituales que se digna conceder al hombre. Si tenemos falta de fé, la Escritura nos enseña que la pidamos á él. *Aumentanos la fé*, decian á Jesus los Apóstoles, segun nos refiere San Lucas. *Paz sea á los hermanos*, decia San Pablo á los efesios, *y caridad con fé de Dios Padre del Señor Jesucristo.* ¿Tenemos algun pesar, ó nos hallamos humillados ó en afliccion? Ella nos enseña á que acudamos á Jesus, como tambien al Padre, por consuelo. *El mismo Señor nuestro Jesucristo.... consuele vuestros corazones*, dice el mismo

Apóstol á los de Tesalónica, *y los confirme en toda buena obra y palabra.* ¡Nos hallamos combatidos por el enemigo comun; expuestos á sus tiros, y sin la fortaleza necesaria para resistir sus ataques? *Te basta mi gracia*, dice el mismo Redentor, segun el repetido Apóstol, *porque la virtud se perfecciona en la enfermedad.* Muy claro es en general que se concede á los verdaderos miembros de la Iglesia la gracia ó el favor divino por su cabeza omnipotente; pero mas especialmente se hace observar la operacion de la gracia de Jesucristo en la remision de los pecados, en la conversion de los pecadores y en la satisfaccion de los justos.

La autoridad de perdonar los pecados del mundo que, como se dice al hablar del sacramento de la penitencia, ejerció Jesus durante su mansion en la tierra, era una facultad inalterable propia de su divina naturaleza, y al presente está en pleno ejercicio de ella despues que Dios le ensalzó.... *por Principe y por Salvador para dar arrepentimiento á Israel y remision de pecados*, como se dice en los Hechos de los Apóstoles. La eficacia de la gracia de nuestro Salvador para la conversion de los pecadores, se halla reconocida entre las revelaciones mas expresas. En los Hechos se lee que Cristo fué ensalzado para dar *arrepentimiento y remision de pecados*, ó mas bien, conversion de ellos. Dios resucitando á su Hijo, decia San Pedro á los judíos, *os lo ha enviado primeramente á vosotros para que os bendiga, á fin de que cada uno se aparte de su maldad.* El Apóstol San Pablo fué el mismo un memorable ejemplo de aquella total trasformacion del corazon que obra en los pecadores la gracia de nuestro Señor Jesucristo; y mucho tiempo despues de haberse verificado, en el semejante mudanza, todavia expresa sus deseos de *conocerla mas, y la virtud de su resurreccion, para poder alcanzar aquello para lo que habia sido tomado de Jesucristo.* Por último, la santificacion, así como la conversion, es obra de aquel espíritu que se concede al pueblo de Dios por Jesucristo. Tan rica, tan poderosa y efectiva es la gracia de Jesus para la remision de los pecados, la conversion de los pecadores, la santificacion, consolacion y fortaleza de los justos! Con razon, pues, se dice á Jesucristo autor de la gracia y su consumador.

Ha de ser tambien algun día nuestra gloria y nuestra felicidad en el cielo; *porque la vida eterna no consiste sino en conocer al verdadero Dios, y al que envió el Padre, Jesucristo*, como dice S. Juan. Padre, dice el mismo Jesus por boca del Evangelista, *quiero que*

apiellos que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy, para que vean mi gloria que tú me diste, porque me has amado: union tan perfecta que, como dice el Apóstol San Pablo, Jesucristo sea en todas las cosas. Pero no será la bienaventuranza en el cielo, sino de aquellos que le hubieren seguido como su modelo en la tierra. *Si alguno quiere venir en pos de mí, dice casi con iguales palabras en los cuatro Evangelistas, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.* Por consiguiente debemos examinar con el mayor empeño la última calidad de las que nos hemos propuesto reconocer en Jesucristo.

Jesucristo por último es nuestro modelo. *Porque los que conocieron su presencia, á estos también predestinó para ser hechos conformes á la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.* Y á los que predestinó, á estos también llamó; y á los que llamó, á estos también justificó; y á los que justificó, á estos también glorificó, según dice San Pablo á los romanos; y hablando á los corintios, dice el mismo: *El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial.... Por lo que así como trajimos la imagen del terreno, llevamos también la imagen del celestial.* Debemos conformar nuestra vida con la de Jesucristo, como dice San Juan. En una palabra, difícilmente se encontrará otra verdad mas claramente establecida en la Escritura, que la necesidad en que nos hallamos de imitar á Jesucristo como á nuestro modelo. *Ejemplo os he dado, dice por último, hablando por San Juan, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros también hagáis.*

¿Pero en qué cosas deberemos imitar á Jesucristo, y en cuáles no podemos? Para contestar á esta pregunta es necesario advertir que en la vida de nuestro Salvador hay unas acciones que debemos imitar todos los cristianos en cualquier estado ó condicion de la vida en que nos hallemos colocados; y hay otras cuya imitacion depende naturalmente de las diferentes ocasiones y de las disposiciones interiores ó exteriores en que cada uno se halle. Por ejemplo, lo que hizo Cristo como doctor y predicador, no puede ser imitado por el comun de los cristianos; pero ademas de las disposiciones comunes á todos los estados, no hay ninguno en particular en que no deba mirarse alguna circunstancia de su vida preciosa como norma y modelo especial propuesto á nuestra imitacion.

El comun de los cristianos, cualquiera que sea el estado en que

nos hallemos, debemos juzgar de todas las cosas, pensar, obrar y sufrir como pensó, juzgó, obró y sufrió Jesucristo. Un cristiano debe ser un hombre ocupado toda su vida en estudiar y copiar este perfecto modelo, sin que jamas nos sea lícito perderlo de vista, procurando imitarlo así como el pintor que queriendo copiar un cuadro que tiene presente, lo mira á cada pincelada, por no discrepar en la línea mas pequeña. Pero en particular debemos tener presente su desprendimiento de toda concupiscencia, esto es, de toda sensualidad, soberbia, curiosidad y avaricia; y en segundo lugar, su union con Dios, por cuya gloria obraba Jesucristo en todas sus acciones: estas dos disposiciones contienen en sí el compendio de toda la vida cristiana, y ellas son el fundamento y resumen de las máximas todas del cristianismo. San Pablo comprende estas disposiciones de Cristo, cuando nos dice que Cristo vino al mundo para enseñarnos á renunciar toda iniquidad, esperando la eterna bienaventuranza y la felicidad celestial. Tales disposiciones deben ser comunes á los cristianos todos, de cualquier estado ó condicion que sean, y cualquiera que sea su profesion ó empleo.

Para detallar especialmente las acciones de Jesucristo que debemos imitar en las condiciones ó situaciones particulares de la vida, seria necesario hacer una narracion muy agena de nuestro objeto. Lo que puede decirse en general es, que leyendo con cuidado el Nuevo Testamento, en cuya leccion debemos ocuparnos, veremos á Jesucristo, por ejemplo, manifestar en su persona á las colocadas en autoridad, que no deben usar de su poder sino para procurar la gloria de Dios y la salvacion de sus súbditos: á los pastores, que deben sacrificarse por sus ovejas, amarlas con ternura, conocerlas con esmero, instruirlas, dirigir las, reunir la oracion, la mortificacion y la humildad con los trabajos del ministerio; no temer á los hombres, sino solo á Dios; seguir inviolablemente la verdad, y menospreciar los juicios del mundo, sus amenazas y promesas. De este modo se podrian recorrer todas las condiciones, todos los estados, y manifestar á los amos y á los criados, á los ricos y á los pobres, á los padres y á los hijos, á los solitarios y á los que viven en el mundo, cómo deben imitar á Jesucristo, según la sentencia de San Pablo: *Sed tales, como fué Cristo Jesús.*

Puesto que Jesucristo es el autor y consumador de nuestra fé, al mismo tiempo que de la gracia, y que él es nuestra felicidad eterna, y el modelo que debemos imitar todos en comun los cristianos,

y cada estado ó condicion en particular, elevamos con frecuencia, nuestra alma á los cielos, venerando las diversas calidades de Jesucristo con respecto á Dios y á los hombres.

DIA OCHO.

San Juan de Dios, fundador de los hermanos de la caridad.

San Juan de Dios fué portugués, y nació el año 1495; su padre era carpintero, y aunque pobre, muy honrado y cristiano. Pasó la mayor parte de su juventud sirviendo al conde de Oropesa, en Castilla, y después se alistó de soldado en el ejército español, en cuyo peligroso estado, olvidando la cristiana educacion que habia recibido de su padre, se entregó á la disolucion, al desórden y á las vanidades del mundo, aunque siempre agitado con mil remordimientos. Tal fué la vida de Juan hasta el año 1536, que separándose del servicio militar, pasó á Sevilla, donde se acomodó de criado de una señora rica y principal.

Apartado nuestro Santo de la peligrosa compañía de los soldados, y teniendo ya cuarenta años de edad, iluminado de la divina gracia conoció sus extravíos, y resuelto á enmendarse, lavó sus manchas pasadas con una dolorosa confesion, y se entregó á la oracion y penitencia.

Abrazado en la mas ardiente caridad para con sus prójimos, determinó pasar á la Africa á asistir á los cautivos cristianos, abandonados en sus enfermedades; pero al llegar á Gibraltar se encontró con un caballero paisano suyo que iba desterrado á Ceuta, y condelido de sus desgracias, no solo se ofreció á servirlo sin salario alguno, sino que llegando al lugar de su destierro, y habiendo enfermado gravemente, lo socorrió con su trabajo personal, y lo asistió y curó como si fuera su padre. Por consejo de su confesor se volvió á Europa; puso primero un comercio de chucherías en Gibraltar, de donde pasó á Granada con un pequeño capital. En una y otra parte fué el consuelo de los necesitados, y empujó de las distracciones anexas al manejo de sus negocios, perseveró siempre en sus ejercicios piadosos, y no contentándose con favorecer á los pobres

corporalmente, exhortaba siempre á la enmienda de sus costumbres á los que concurrían á su tienda.

Tenía nuestro Santo cuarenta y tres años de edad, cuando tuvo la fortuna de oír un sermón al sabio y venerable maestro Juan de Avila, cuyas inflamadas voces lo movieron eficazmente á seguir el camino de la perfeccion cristiana. La parte que este grande hombre tuvo, tanto con este sermón como con sus instrucciones, en la heroica virtud á que fué elevado Juan de Dios, nos obliga á decir algo de lo que fué este instrumento de la santidad del ilustre fundador, cuya vida compendiamos. Juan de Avila fué un sacerdote ejemplarísimo, que empleó toda su vida en la predicacion del Evangelio con tanto fruto, que mereció el renombre de Apóstol de Andalucía: su celo por la salvacion de las almas fué tan grande, que aun pensó fundar una religion que se dedicase por todos los medios posibles á este santo fin; sentimientos que descubrió claramente cuando fundada la Compañía de Jesus en su tiempo, la amó y protegió en gran manera, como tan conforme á sus miras, y mandaba á ella á sus mas escogidos discípulos de los muchos eclesiásticos que lo seguían. El gran concepto que se tenia de la santidad de este padre lo demuestra el célebre dicho de San Ignacio, á quien habiéndole dicho que el P. Avila queria entrar en su Orden, contestó de esta suerte: *Si viniere, lo traeremos en los hombros como la arca del Testamento*. Su sabiduría reluce en muchas obras espirituales. Murió este Padre á 10 de Mayo de 1569, con general pesar de España, y fué sepultado en el colegio de los Jesuitas de Montilla. Sus virtudes están aprobadas en grado heroico, y se trata de su beatificacion en Roma.

Este fué el experimentado piloto que debia conducir á nuestro Santo á los altos fines á que la Providencia lo tenia destinado; como ya se le habia dado á entender cuando años ántes atravesando caritativamente un río con un bello niño sobre sus hombros para que no se mojase, le manifestó al bajarlo una granada abierta con una cruz encima, diciéndole: *Juan de Dios, Granada será tu cruz*; palabras que por entónces no comprendió. El inflamado sermón, pues, de este grande Apóstol, de tal manera commovió á Juan, que sin poderse contener comenzó á sollozar y á dar voces en la iglesia, confesando á gritos sus pasados desórdenes y pidiendo públicamente perdon de ellos á Dios. Salíó del templo, y corriendo por las calles clamaba al cielo por misericordia, se mesaba los cabellos y llo-

raba amargamente con tales señales de dolor, que el populacho temiéndolo por loco, lo apedreó y maltrató de manera, que llegó á su morada cubierto de lodo y chorreando sangre. Allí repartió sus bienes á los pobres, y viendo las humillaciones que habia sufrido por su creida demencia, se propuso continuar simulando ese estado para satisfacer con los malos tratamientos que recibia, sus cometidos pecados. Fué en consecuencia encerrado en el hospital de los dementes, donde recibia con espíritu de penitencia los inhumanos castigos con que ántes se acostumbraba devolver á su juicio á estos desdichados enfermos, como los medios mas apropiados á su curacion.

Habiendo descubierto el venerable Juan de Avila que no era la cura la de nuestro Santo, sino un efecto de su humildad, viéndolo lleno de llagas y de miserias lo exhortó á salir del hospital, para que sirviese á Dios en otra clase de vida. Obedeció Juan los consejos de su director, hizo una confesion general, y aunque se apartó de aquel establecimiento, no dejaba de concurrir á él diariamente á cuidar y á asistir á los enfermos, y para subvenir por sí mismo á sus enfermedades emprendió el grande trabajo, á pesar de lo debilitado de sus fuerzas, de cortar leña en los montes y venderla en la ciudad. Poco tiempo despues puso de su cuenta una casa para asistir á los enfermos, la que sostenia con su trabajo personal y las limosnas que colectaba. Asistíalos con mucho esmero, procurando que nada les faltase, ni de los auxilios corporales para la curacion de sus dolencias, ni de los espirituales para que asegurasen su salvacion los que sucumbian á la violencia de ellas. Este hospital establecido por el mismo Santo el año de 1540 en Granada, debe reputarse como fundamento de la caritativa Orden que fundó, con el título de Hermanos de la Caridad. Como el objeto de nuestro Santo al establecer esta nueva familia religiosa fué fundar un instituto que reuniese la contemplacion de Maria con las caritativas tareas de Maria; de tal suerte reglamentó á sus nuevos compañeros, que en su práctica de vida alternase la oracion con la exacta asistencia de los enfermos, y las molestas tareas de procurarles los auxilios necesarios, solicitando limosnas de las personas piadosas y acomodadas. Noticiosos el arzobispo de Granada, el obispo de Tuy, presidente de la chancillería, y otros sujetos de la misma ciudad, del admirable método con que Juan de Dios gobernaba su hospital, fomentaron con todo empeño sus caritativas empresas, auxiliándolo con

grandes sumas de dinero. Este último prelado señaló el hábito á los nuevos religiosos, aunque por entónces ni formaron reglas, ni hicieron votos algunos hasta el año 1570, que fué confirmada esta religion por San Pio V, tiempo en que ya habia muerto el Santo.

Una desgracia imprevista dió á conocer á poco tiempo la asombrosa caridad de Juan de Dios. Un terrible incendio se manifestó en su hospital; pero sin que le causaran espanto las llamas, sacó él solo á todos los enfermos sobre sus espaldas para trasladarlos á lugar seguro, teniendo la felicidad de que ninguno pereciese. Ni el amor á sus prójimos se limitaba en nuestro Santo á asistirlos en sus dolencias; él ocurría á cualquiera parte á donde habia necesitados. Cubiertas las atenciones primeras de su instituto, con el dinero sobrante daba limosnas y dotaba doncellas para evitar cayeran en un precipicio: enseñaba á los ignorantes la doctrina cristiana y con su aspecto penitente, el ejemplo de su vida y sus dulces palabras sacaba de mal estado á muchos pecadores obstinados.

Algunos negocios suyos lo llevaron á la corte de España, donde fué bien recibido del rey y de los príncipes, quienes lo socorrieron con cuantiosas limosnas, que repartió entre los pobres, y lo trataron con el mayor aprecio. No era esto muy del gusto del humilde Juan, cuya pasion dominante, despues la misericordia, era el desprecio de sí mismo: así es que habiendo sido injuriado por cierta muger, llamándolo hipócrita y embustero, le dió una moneda, como en muestra del placer que habia recibido de verse humillado.

La virtud de nuestro Juan era muy heroica para que dejase de ser probada por la persecucion del mundo ingrato. Vuelto á Granada continuó en el servicio de sus enfermos con la misma dedicacion de siempre; pero unos malvados lo calumniaron ante el arzobispo, como receptor de malhechores y prostitutas: hizolo llamar el prelado, y con la mayor sencillez se indemnizó en su presencia, diciéndole que si tal clase de gente se albergaba en su hospital, él no podia abandonarlos en sus dolencias; que Dios habia muerto por todos, y que la caridad no era aceptadora de personas, ni distinguia al pobre, del rico; al virtuoso, del criminal.

Una caridad tan ardiente al fin llegó á costar la vida á nuestro Santo. Un dia estaba muy fatigado guardando una porcion de leña en su hospital, cuando vió caer á un hombre en un estanque inmediato, y sin atender á otra cosa que á salvar aquel infeliz, se echó al agua y lo sacó; pero este resfrió le causó una calentura, que aun-

que oculta por algún tiempo, al fin llegó á postarlo, y no pudiendo ya moverse se acostó en el suelo de su celda, cubierto con su pobre hábito y un pedazo de sayal, sirviéndole una cesta de almohada. Viéndolo en esta humilde situación, una dama rica de la ciudad pretendió llevarlo á su casa para asistirlo, y mirando su resistencia, rogó al arzobispo se lo mandase, cuya orden tuvo que obedecer Juan, y nombrando un superior interino, y despidiéndose de sus amados enfermos, partió á la casa de aquella señora caritativa, quien lo asistió con mucho esmero y le leía libros piosos con grande consuelo del Santo. Noticioso el pueblo del deplorable estado de salud en que se hallaba Juan de Dios, ocurrían todas las clases de él á encomendarse á sus oraciones, con suma mortificación de nuestro Santo, que con lágrimas aseguraba á todos ser el mayor pecador del mundo, y lo único que suplicaba era que cuidasen de los pobres de su hospital después de su muerte. En tan edificantes ejercicios llegó el 8 de Marzo del año 1550, en que habiéndose puesto de rodillas delante de un altar, abrazado con un crucifijo é invocando el sacratísimo nombre de Jesús, espiró tranquilamente, de edad de 55 años. A su funeral asistió el arzobispo, el clero, la nobleza y un inmenso número de pobres de Granada, que lo lloraban como á su padre y bienhechor, y sus exequias duraron nueve días seguidos. Urbano VIII lo beatificó el año 1630, y Alejandro VIII lo puso en el catálogo de los santos el de 1654.

La Epístola es del capítulo XXXI de la Sabiduría. (Eclesiástico) (pág. 498)

Bienaventurado el rico que fué hallado &c.

El Evangelio es del capítulo XXII de San Mateo.

En aquel tiempo se llegaron á Jesús los fariseos, y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley? Respondióle Jesús: Amarás al Señor, Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante á este. Amarás á tu prójimo como á tí mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas. (Congregados entonces los fariseos, Jesús les hizo esta pregunta: ¿Qué os parece á vosotros del Cristo? ¿De quién es Hijo, Dícenle: De Da-

vid. Replicóles: ¿Pues cómo David en espíritu le llama su Señor, cuando dice: Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi diestra, mientras que yo pongo tus enemigos por peana de tus pies? Pues si David le llamaba su Señor, ¿cómo cabe que sea hijo suyo? A lo cual nadie pudo responderle una palabra; ni hubo quien desde aquel día osase hacerle mas preguntas.

MEDITACION.

Sobre la imitación de Cristo en la humillación y la paciencia.

Considera que el ejemplo de Jesucristo nos lo debe hacer todo fácil. El ejemplo, cuando viene de un grande, ó de un rey, tiene el mayor poder sobre nosotros, nos hace vencer las mayores dificultades. Si viene de una persona á quien amamos, el mismo amor nos impide ver las dificultades que se ofrecen; y si nos da este ejemplo por efecto del amor verdadero ó tierno con que nos ama, hallamos un gusto positivo en imitarle. Solo obligó á Jesucristo el amor generoso y verdadero que nos tiene á darnos los ejemplos de humildad, paciencia, pobreza, mortificación y obediencia que nos propone. Eran estas virtudes para nosotros no solo muy correspondientes, sino aun necesarias. Abrazólas por tanto su divina Magestad para persuadirnos su práctica con su ejemplo, después de habérnosla persuadido tantas veces con sus máximas. La pobreza, los trabajos y las adversidades son remedios de nuestras almas. Jesucristo era perfectamente santo: el contagio del pecado original no había llegado á él, ni podía llegarle, porque era santo por naturaleza; por consiguiente no necesitaba para sí el ejercicio de estas virtudes. Estas suponen penas: Jesucristo era, no solamente inocente, sino el santo de los santos: con que no estaba obligado á sujetarse á ellas. Son ademas preservativos contra las inclinaciones corrompidas de nuestro corazón; su divina Magestad era impecable; y así no los necesitaba; pero nosotros como enfermos necesitamos de remedios, y no tenemos valor de tomarlos. Somos pecadores y por consiguiente dignos de castigo, y tenemos dificultad de someternos. Estamos pervertidos, y sumamente inclinado nuestro corazón á todo género de pecados: y así no nos podemos defender sin poderosos preservativos; siendo igualmente tímidos, cobardes y enfermos, atendemos ménos á nuestra necesidad que á nuestra repugnancia, con la determinación de perecer primero que curarnos con remedios que nos parecen amargos, y que no se acomodan con nuestra delicadeza.

Tomo I.

542: *de abril* COMPENDIO DEL AÑO CRISTIANO.

Considera que Jesucristo, atendiendo también á esto, y deseando animar nuestra cobardía con su ejemplo, quiso, aunque era inocente, padecer los tormentos mas ásperos, para obligarnos á que nos sujetásemos á las penas bastantemente ligeras, que su misericordia, igualmente que su justicia, nos impone; y por esta razon aunque sano, y nuestro médico, quiso tomar primero los remedios, por amargos que fuesen, para obligarnos á que nos los aplicásemos. Bebió el cáliz hasta lo último; y bebiéndole, le quitó toda la amargura, para empeñarnos á beberle despues. El amor que Jesucristo nos tuvo, lo hizo aceptar las humillaciones y sufrimientos, aunque considerada su dignidad no le fuese necesario, y aunque tales humillaciones y padecimientos fuesen indignos de su divina Magestad, á quien la union hipostática y la vision beatífica hacia incapaz de padecer, y era menester un milagro continuo para hacerse posible; y el ejemplo de Jesucristo, el amor que nos manifiesta, sujetándose á estas aflicciones, y el amor que le debemos tener, no nos obligarán á abrazarlas, no solo sin dificultad, sino con gusto?

PETICION Y PROPÓSITOS.

Bastaban estas reflexiones para hacernos apreciables los trabajos y cruces de esta vida, y para estimularnos al ejercicio de las virtudes con que aquellos se llevan fructuosamente; pero aun añadiremos la reflexión que nace de la necesidad de sufrirlos con paciencia para sacar de ellos fruto y provecho para nuestras almas, y es la de que no está en nuestro albedrío el tener ó no trabajos y penas en la vida presente, pues nos las decreta aquel Dios soberano que tiene en sus manos la suerte de los hombres, y estos, aunque quieran, no pueden evadirse de su padecimiento, ni evitar lo que el mundo llama su destino. Asi es que todo este asunto gira sobre esta disyuntiva: ó padezco sin fruto ni merecimiento, poseido de la impaciencia y exasperacion; ó padezco con mérito y provecho que me da el ejercicio de la paciencia y conformidad. ¿Qué dices, alma mia! ¿Qué extremo eliges de estos que únicamente ha dejado el Señor en tu albedrío? ¡Ah! Estimúlate con las consideraciones que acabas de tener, con las reflexiones que has hecho, con el ejemplo de Cristo Jesus que has contemplado; estimúlate á abrazarte con tu cruz y tus trabajos por una perfecta conformidad de tu voluntad con la de Dios, y el ejercicio de una paciencia tal que pueda darte la imitacion de Cristo: no huyas de los trabajos ni apetezcas cambiar-

los por las mayores felicidades de la tierra, pues no hay en el mundo felicidad comparable á la de padecer fructuosamente, *abasta me*

JACULATORIA.

Yo no me gloriaré sino en la cruz de Cristo. *no habia de ser mandado*

LECCION.

Sobre la séptima parte del Credo.

De la segunda venida de Jesucristo á la tierra.

La verdad de este artículo de nuestra creencia tiene una fuerza admirable para separar á los hombres del pecado y refrenar los deseos desordenados del ánimo. *En todas tus obras,* dice el Eclesiástico, *acuérdate de tu fin, y jamas pecarás.* En efecto, por muy entregado que se halle á los vicios un pecador, si trae á la memoria que alguna vez ha de ser presentado delante del mas justo de los jueces, á quien ha de dar cuenta, no solo de sus acciones y palabras, sino aun de sus mas ocultos pensamientos, no puede menos de contenerse en la carrera de la culpa y de atemorizarse á la vista de las penas que se le esperan. El justo por otra parte, para estimularse mas y mas á seguir la justicia y caminar con alegría en la senda de la virtud, necesita tener presente este terrible juicio; por lo que aunque pase la vida en medio de la miseria y de la infamia, de las aflicciones y penalidades todas, la endulza el recuerdo de aquel día en que despues de los combates de esta vida mortal, será declarado vencedor delante de todos los hombres, y recibido con eternos honores en la patria celestial. Por estas y otras razones observamos que los Profetas, los Apóstoles y los predicadores se valen tan frecuentemente en sus exhortaciones de la memoria del juicio. Isaías dice: *He aquí que vendrá el día del Señor cruel y lleno de indignacion, de ira, y de furor para poner la tierra en soledad, y para hacer pedruzcos en ella á los pecadores.* Yo quitaré de la tierra, dice Sofonías, *todo lo que hay en ella; la talaré toda: exterminaré de ella hombres y bestias: exterminaré las aves del cielo, y los peces del mar; y perecerán los impíos; y exterminaré á los hombres de la faz de la tierra, dice el Señor.* *Callad delante del Señor Dios, porque cerca está el día del Señor.* Yo haré que queden atónitos, dice Ezequiel, *sobre tí muchos pueblos; y los reyes de ellos temblarán de grande espanto por tí, cuando*

mi espada comenzare á volar sobre las caras de ellos; y se esparzará repentinamente cada uno por su alma en el día de tu ruina. Y vi los muertos, grandes y pequeños, se lee en el Apocalipsis, que estaban en pie delante del trono, y fueron abiertos los libros, y fué abierto otro libro, que es el de la vida, y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, segun sus obras. Y dió la mar los muertos que estaban en ella; y la muerte y el infierno dieron los muertos que estaban en ellos, y fué hecho juicio de cada uno de ellos, segun sus obras. Por último, San Clemente asegura que acostumbraba decir el Apóstol San Pedro: "¿Quién podrá pecar si tiene siempre el juicio ante sus ojos?" Exponiendo San Gerónimo el siguiente texto de Job: *¿Quién soy yo que pueda responderle...? Pues aun cuando tuviera algun rastro de justicia, no responderé, sino que rogaré á mi juez, se expresa en estos términos: "Manchado con los dias y las noches de mis pecados, me lleno de temor al tener que dar cuenta hasta del último instante, y que se me diga: Gerónimo, ven á ser juzgado."* Y en otro lugar dice: "Siempre que considero aquel día, se estremece todo mi cuerpo; y ya coma, ya beba, ya haga cualquiera otra cosa, siempre me parece que oigo sonar en mis oídos aquella terrible trompeta: Levantaos, muertos, y venid á juicio." San Bernardo, lleno de llanto y horror, se expresa así: "Temo el fuego, temo el semblante del Juez, temiendo hasta para las mismas angélicas potestades. Me estremezco de la ira del Todopoderoso, á la vista de su furor, al ruido del mundo que se cae, de la destruccion de los elementos y de la terrible voz del ángel. Me estremezco á la vista de la bestia infernal, del centro del infierno, del gusano roedor, del fuego devorador, del humo y del pavor..... ¡Ay de mí, Madre mía! ¿Para qué concebiste á tu hijo de dolor, á un hijo de amargura, de indignacion y llanto eterno? ¿Para que me recibiste en tus brazos, me alimentaste á tus pechos, habiendo nacido solo para ser combustible de las llamas y pábulo del fuego?" San Agustín dice en sus confesiones: "No me separaba del profundo caos de los delitos carnales, sino el miedo de la muerte y del juicio venidero, que á pesar de todos mis pensamientos, jamas se apartaba de mi corazón." Tanta es la importancia de este artículo de nuestra creencia, y tal la han juzgado siempre los Profetas, los Apóstoles y los Santos Padres, recordando con tanta frecuencia el día del juicio ó el día del Señor, como lo llaman Malaquías, Joel y San Pablo, porque en

cierto sentido los demas dias pueden llamarse nuestros; pues que en ellos Dios permite que hagamos nuestra voluntad libremente, conforme á lo que el Señor dijo á Jerusalem, como nos refiere S. Lucas: *¡Ah, si tu reconocieras siquiera en este tu día lo que puede traer-te la paz! mas ahora está en cubierto de tus ojos.* Pero en el último día el Señor juzgará del buen ó mal uso que hayan hecho de esa voluntad, y de las disposiciones que han tenido para esperar á la segunda venida del Señor, cuya consideracion hemos visto cuán importante sea, y cuya verdad vamos á ver comprobada por los testimonios de la revelacion.

La segunda venida del Mesías en gloria y magestad esta anunciada de un modo inequívoco por los Profetas en todos los lugares en que la pronostican para los últimos dias del mundo; é igualmente en los que la predicen, anunciando la restitucion de Israel y la gloria manifiesta del Redentor. El profeta Joel indica hasta el lugar donde ha de comenzar la reunion de todos los mortales en el día del juicio. *Sonad la trompeta, dice, en Sion: dad alaridos en mi santo monte: estremézcanse todos los moradores de la tierra, porque viene el día del Señor.... Y dará prodigios en el cielo y en la tierra, sangre y fuego y pavor de humo.... He aquí en aquellos dias y en aquel tiempo: cuando yo levantaré el cautiverio de Judá y de Jerusalem, juntaré todas las gentes y las llevaré al valle de Josafat, y allí disputaré con ellas.... Levántense, y vayan las gentes al valle de Josafat; porque allí me sentaré para juzgar á todas las gentes al contorno. ¿Y quién podrá pensar en el día de su venida, dice Malaquías, y quién se parará para mirarlo? Porque él será como fuego derretidor.... y se sentará para derretir y limpiar la plata, y purificará á los hijos de Levi, y los afinará como oro.... Y me llegaré á vosotros para hacer juicio, y seré yo al punto testigo contra los hechiceros, y adúlteros y perjuros, y los que defraudan el salario del jornalero, á las viudas y pupillos, y oprimen al extranjero, y no me temieron, dice el Señor Dios de los ejércitos.... Porque he aquí vendrá un día encendido como horno; y todos los soberbios, y todos los que hacen impiedad serán como estopa, y los abrasará el día que debe venir, dice el Señor Dios de los ejércitos, sin dejar de ellos ni raíz ni renuevo.... Y hallareis á los impios hechos ceniza bajo la planta de vuestros pies el día que yo obraré, dice el Señor.*

Aun mas expresa se encuentra esta verdad en el Nuevo Testamento. San Mateo nos refiere que despues de haber manifestado el Salvador las señales que precederán al dia terrible del juicio, continuó: *Como el relámpago sale del Oriente y se deja ver hasta el Occidente, así será tambien la venida del Hijo del hombre.....*

*Y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y entonces aparecerán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y magestad.... El cielo y la tierra pasarán; mas mis palabras no pasarán.... A la hora que menos penseis, ha de venir el Hijo del hombre.... Y cuando viniere el Hijo del hombre en su magestad y todos los ángeles con él, se sentará sobre el trono de su magestad. San Lucas, refiriendo la misma conversacion de Jesucristo, dice: Para que se cumplan las cosas que están escritas.... Entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder y magestad. Exponiendo este lugar San Atanasio, dice: "No quiere Jesucristo ocultar su segunda venida, sino ponerse desde luego á la espectacion universal, no en un establo despreciable que adoptó en la primera para enseñarnos la humildad, sino con toda la magnificencia de su gloria; porque no vuelve para padecer como en su venida primera, sino para repartir el fruto de su cruz á todos, dándoles la resurreccion, la inmortalidad, la incorruptibilidad, ni viene á ser juzgado, antes bien á juzgar á los vivos y á los muertos." San Pablo ofrece á los corintios: *El tambien os confirmará hasta el fin sin culpa, en el dia del advenimiento de nuestro Señor Jesucristo. El mismo dice á los colosenses: Cuando apareciere Cristo, que es nuestra vida, entonces tambien vosotros aparecereis con él en gloria.* A los tesalonicenses los saluda en otros términos: *El Señor os multiplique y haga crecer mas y mas vuestra caridad, para confirmar nuestros corazones sin reprension en santidad delante de Dios y Padre nuestro en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos.* El mismo Apóstol exhorta á Timoteo á que guarde el mandamiento sin mácula ni reprension hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, la cual mostrará á su tiempo el bienaventurado y solo poderoso, el Rey de los reyes y Señor de los señores; y le protesta delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar vivos y muertos en su venida y en su reino, que predique la palabra, que insista á tiempo y fuera de tiempo. Concluyamos con*

las siguientes palabras del mismo á Tito: *Se manifestó á todos los hombres la gracia de Dios Salvador nuestro, enseñándonos que renunciando á los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y el advenimiento glorioso del Hombre Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dió á sí mismo por nosotros.* Tales son los testimonios irrecusables de la revelacion de la segunda venida de nuestro Salvador.

DIA NUEVE.

Santa Francisca, viuda, fundadora de las Colatinas.

Santa Francisca fué natural de Roma, y nació el año de 1384, fruto del matrimonio de Pablo Buxo y Jacoba Rofredeschi, personas nobles y ricas, y que como tales, procuraron darle una educacion cristiana, de la que supo aprovecharse tan bien, que todo su deseo era seguir una vida perfecta; pero Dios, que la tenia destinada para ejemplar de todos los estados, permitió que desoyendo su padre su vocacion, la casara á la edad de doce años con un jóven de la misma Roma, y de igual nobleza que la suya.

Fué nuestra Santa en su matrimonio un completo modelo de mugeres casadas. Obediente á su marido, retirada de todas las concurrencias públicas, y dedicada en un todo al cumplimiento de sus obligaciones, supo hallar á Dios en sus negocios domésticos, dedicándole el tiempo que le sobraba en ejercicios piadosos, ya en su casa, y ya en los templos cuando le era posible. Cuidaba con el mayor esmero, segun el consejo del Apóstol, de instruir á su familia en la religion con sus lecciones y ejemplos; velaba atentamente sobre sus costumbres, no ménos que sobre sus necesidades corporales; en dos palabras, su casa mas bien parecia un monasterio que habitacion de dos jóvenes esposos, y porque no faltase ni aun el rezo canónico, ella rezaba diariamente el oficio divino; empero tan atenta á no faltar en nada á sus deberes, que en llamándola su consorte al momento dejaba lo que leia, y acudia á ver lo que le mandaba; obediencia que el Señor quiso manifestar lo agradable que le era, pues habiendo una ocasion interrumpido por cuatro veces un salmo que principiaba, por ocurrir á otros tantos llamamien-

tos de su marido, la quinta halló que estaba el versículo escrito con letras de oro.

Las mortificaciones con que maceraba su cuerpo (con el debido permiso de su esposo) eran extraordinarias: su abstinencia llegó á dominar á tal punto el gusto del paladar, por los frecuentes ayunos á pan y agua, que para ella lo mismo era un plato de yerbas amargas, que el manjar mas bien condimentado: su vestido se reducía á una sarga gruesa sin otro ningun lienzo; sus disciplinas y cilicios tan crueles, que su confesor se vió precisado á prohibírselos. Tantos ejemplos de virtud no fueron infructuosos, y pronto tuvo quienes los imitasen; pues muchas damas romanas, abandonando sus extravíos, se reunieron á Francisca, formando una comunidad bajo su direccion, con la regla de los Benedictinos del monte Olivete, aunque sin apartarse del siglo, hacer voto alguno, ni portar hábito que las distinguiera.

Por este tiempo quiso Dios probar á nuestra Santa con una gran tribulacion. Hallábase Roma afligida con un cisma, para cuya terminacion iba á reunirse un concilio general, cuando fué invadida por el ejército del rey de Nápoles, siendo en consecuencia desterrados el esposo y cuñado de Francisca, y retenido en rehenes su hijo mayor Juan Bautista. En medio de tantas desgracias, ella estaba tranquila, conformándose, á semejanza del paciente Job, con las siempre adorables disposiciones del Altísimo; resignacion heroica que logró su debido premio, viendo muy pronto restablecida la paz de la Iglesia, y libres y devueltos á sus dignidades y bienes á las personas que mas amaba en este mundo.

Serenada esta tempestad en gran parte por las oraciones de Francisca, le permitió su esposo que hiciese voto de castidad, y fundara un monasterio de monjas con el nombre de Oblatas, bajo la regla de San Benito, y sujetas á la congregacion de los Olivetanos. Esta fundacion se hizo en el año de 1423, siendo aprobado este instituto por el papa Eugenio IV, con el título de Colatinas, el de 1437.

Hasta este año la Santa no habia tomado el hábito, aunque habia vivido en el monasterio; pero habiendo muerto su esposo en el mismo año, se vistió el traje religioso y fué nombrada superiora á pesar de su resistencia, y de que solo queria, como siempre lo habia pretendido, ser una criada de todas, por cuyo motivo continuamente ejecutaba los oficios mas humildes y bajos, y con una ejemplar sumision se sujetaba en todo al dictamen de las que eran sus

hijas, por su doble carácter de abadesa y fundadora. Tanta humildad fué premiada superabundantemente del cielo. En la oracion que regularmente era sobre la pasion de Jesucristo y en la comunión, eran frecuentes sus éxtasis, revelándole el Señor los misterios mas oscuros, ilustrándola con luces sobrenaturales. Concedióle el don de profecía, el de penetrar los corazones, y tambien el de los milagros. Era muy devota de la Santísima Virgen, bajo cuya proteccion fundó su monasterio, de S. Juan Evangelista y del Angel de su guarda, con quien, como dice la Iglesia en su oracion, conversaba familiarmente, presentándosele con tanto resplandor, que la iluminaba en medio de las tinieblas de la noche.

Habiendo caido enfermo de mucha gravedad su hijo Juan Bautista por el año de 1440, se vió precisada la Santa á salir de su monasterio; pero una violenta fiebre la imposibilitó volver á él. Revelóle el Señor su próxima muerte con la mayor claridad: así es que habiendo recibido los Santos Sacramentos, y pronosticado moriría en jueves, entregó su espíritu al Criador el 9 de Marzo del mismo año, á los cincuenta y seis de su edad. Los muchos milagros que obró Dios por su intercesion, movieron al papa Paulo V á canonizarla, como lo verificó con la mayor solemnidad el año de 1608. Sus sagradas reliquias son veneradas en Roma con un culto muy especial.

La Epistola es de la primera del Apóstol San Pablo á Timoteo, capítulo V.

Carísimo: Honra á las viudas que verdaderamente son tales. Mas si alguna viuda tiene hijos ó nietos, atienda lo primero á gobernar bien su casa, y dar el retorno debido á sus padres, pues esto es de lo que Dios se agrada. Pero la que verdaderamente es viuda y desamparada, espere en Dios y ejercitese en plegarias y oraciones noche y dia. Porque la que vive en deleites, viviendo está muerta. Hazles, pues, entender estas cosas, para que sean irreprochables. Que si hay quien no mire por los suyos, mayormente si son de la familia, este tal negó la fé, y es peor que un infiel. No sea elegida viuda de ménos de sesenta años de edad, ni la que haya sido casada mas de una sola vez, y que testifique con las buenas obras si ha criado bien los hijos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los pies de los santos, si ha socorrido á los atribulados, si ha practicado toda suerte de virtudes.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que si se lo halla un hombre lo encubre; gozoso del hallazgo va y vende todo cuanto tiene, y compra aquel campo. Es semejante asimismo el reino de los cielos al comerciante que trata en piedras preciosas, y viniéndole á las manos una de gran valor, va y vende todo cuanto tiene, y la compra. También es semejante el reino de los cielos á una red que echada en el mar coge todo género de peces, la cual estando llena, sácanla los pescadores, y sentados en la orilla van escogiendo los buenos, y los meten en sus cestos, y arrojan los de mala calidad. Así sucederá al fin del siglo: saldrán los ángeles, y separarán á los malos de entre los justos; y arrojaránlos en el horno de fuego: allí será el llanto y el crujir de dientes. ¿Habeis entendido bien todas estas cosas? Sí, Señor, le respondieron. Y él añadió: Por eso todo doctor instruido en lo que mira al reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que va sacando de su repuesto cosas nuevas y cosas antiguas.

MEDITACION.

Sobre la miseria y desolacion de un pecador.

Considera que un pecador es dos veces infeliz en la adversidad; una por el mal que padece, y otra por el modo con que padece. Si le llega una desgracia ó una mudanza de fortuna, ó la pérdida de una persona, en quien tenía su apoyo y asimiento, padece sin alivio, sin consolacion, ni remedio; porque ¿á dónde irá á buscar el consuelo ó el alivio? ¿Acaso en la memoria de lo pasado? Todo le confunde, viendo tanto trabajo que se tomó inútil, y tantos delitos como comió sin otro fruto que la confusion que le queda, que puede ser funesta desesperacion. ¿Pues qué! ¿Le irá á buscar en la situacion presente? Este es el motivo continuo de su dolor, por la aplicacion que tiene á su mal, de quien no puede apartar el pensamiento, sin poder ser sostenido de la fé, que en él es débil; ni fortificado por la gracia de Dios, de que está privado; ni consolado con la union del Espíritu Santo, que endulza los mas amargos dolores; porque se ha hecho indigno de ella. ¡Buscará, pues, su alivio en la consideracion de lo futuro? ¡Pero ay! que esta consideracion es la que acaba de desolarle, persuadido por los desórdenes de su vida

pasada, que solo saldrá de los males temporales para entrar en los eternos.

Considera, preguntándote á tí mismo, si eres uno de estos infelices, ¿á qué lado podrás volverte en tu mala fortuna? Saldrá de sí mismo el pecador, dice San Agustin, para buscar socorro; pero no lo hallará. Busca el alivio en las cosas de afuera, y solo halla en ellas esperanzas efímeras. ¿Recurrirá á Dios? ¡Oh dolor! O no le conoce, ó tiene cortísima idea de su poder y de su bondad; con que no puede tener confianza. Pero cuando recurriese á Dios, no debería acaso temer que le arrojase con las mismas palabras con que desechó á los perdidos israelitas. El pecador infeliz se volverá hacia el mundo de quien hizo su dios, y á quien se habia sacrificado todo. Este mundo es un pérfido y un traidor, que le hizo traicion, y le abandonó, despues de todas las promesas con que le habia engañado. ¡Irá á buscar consuelo en sus amigos? ¡Qué pocos quedan en la mala fortuna! Un infeliz ordinariamente parece que tiene mal contagioso, porque todo el mundo huye de él, y aun cuando se hallase alguno tan generoso que quisiese tomar parte de su desgracia, la que se tomase no le aliviará. Si entra en sí mismo, mucho ménos, pues todo él se halla poseido de los mayores males. A cualquiera parte que se vuelva, solo halla desórdenes y confusion, solo halla remordimientos en su conciencia, solo se vé rodeado de delitos; pero delitos desnudos de placer, porque todos los matices que lo adornaban, y que los hacian tan apreciables á sus ojos, ya en su adversa fortuna no le queda mas que una dolorosa memoria, una confusion, un arremetimiento ineficaz é inútil, y una funesta desesperacion. Vé aquí á dónde viene á parar la falsa y breve prosperidad de los malos.

PETICION Y PROPOSITOS.

El desengaño en todas líneas y materias es el bien mas apreciable que podemos lograr; pero en la presente no solo es apreciable, sino absolutamente necesario para adquirir el sumo bien de que nos separa y nos priva el funesto engaño que nos mantiene adhiridos á las criaturas y engolfados en las empresas y vanidades del mundo. ¡Oh si este desengaño obrara en nosotros todo el efecto deseado! Pero la desgracia es que á pesar de que conocemos nuestro error, no queremos prescindir de los encantos que lo mantienen en nosotros; de donde resulta que con los ojos abiertos nada vemos, y con-

tuinamos en nuestros devaneos, hasta que llega el punto de que hacemos una quiebra absoluta en todos nuestros bienes, pues á la pérdida de los bienes temporales se sigue la de los eternos, y á los trabajos de esta vida los que no tienen fin en la futura. Abre, pues, alma mía los ojos á la verdad, y aprovechándote del desengaño que esta te proporciona, evita la ruina que puede traerte tu alucinamiento. Sea este tu propósito, y pídele al Señor el acierto en los medios que debes emplear para desprenderte del mundo y las criaturas.

JACULATORIA.

Aparta, Señor, mis ojos, para que no vean la vanidad, ni los cieguen los hechizos y falacias del mundo.

LECCION.

Sobre el juicio particular.

Bajo diversos conceptos se considera el juicio en las Escrituras Sagradas, y por lo mismo son muy distintas las acepciones que se dan á esta voz. Hay un juicio de discreción, como aquel de que habla el salmista rey cuando dice al Señor: *Júzgame, Dios, y descierne mi causa de una gente no santa.* Otro juicio hay de condenación, del cual habla San Juan, cuando copia las siguientes palabras del Redentor: *Quien cree en el Hijo de Dios, no es juzgado; mas el que no cree, ya ha sido juzgado; porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios.* Y en otro lugar: *Los que hicieron bien irán á resurrección de vida; mas los que hicieron mal á resurrección de juicio.* Hay, por último, un juicio oculto y otro manifiesto. "El juicio oculto," dice S. Agustín, "es la pena por la que ahora cada uno de los hombres, ó se ejercita para purgarse, ó se amonesta para convertirse; ó si desprecia la vocación, ó la disciplina de Dios, se ciega para la condenación. El juicio manifiesto es aquel en que ha de venir el Señor á juzgar á los vivos y á los muertos, en el que se repartirán premios á los buenos y suplicios á los malos; pero entónces aquella confesión no valdrá para el remedio de los malos, sino para aumento de su condenación." De estos dos juicios, dice el Señor por San Juan: *En verdad, en verdad os digo, que el que oye mi palabra y cree á aquel que me envió, tiene vida eterna, y no viene á juicio; mas pasó de muerte á vida.* Esto es, no vendrá al juicio manifiesto para ser condenado, si no sal-

vo. El juicio oculto se obra en esta vida, según dice San Agustín; el manifiesto se hace después de la muerte, siendo necesario presentarse cada uno en la presencia de Dios y dar cuenta de sus operaciones, recibiendo por último la sentencia del juez. Mas esto ha de verificarse en dos diversos tiempos: el primero, al momento después de la muerte de cada hombre, y el segundo al fin del mundo. El primer juicio es particular y privado, cuando pasando cada uno de nosotros de esta vida mortal, al instante se presenta en el tribunal de Dios, donde sufre el mas riguroso exámen de todo cuanto ha pensado, dicho ó obrado en todo el tiempo de la vida; y el otro es el juicio general, cuando reunidos todos en el último día, bajará el Señor con gloria y magestad á juzgar á todos.

Separada el alma del cuerpo, comparece delante del tribunal de Jesucristo, para dar cuenta de todo cuanto ha hecho bueno ó malo en esta vida. Este dogma de nuestra religion se halla expresado de un modo inequívoco y terminante en las siguientes autoridades del depósito sagrado de nuestra fé. San Pablo dice á los hebreos: *Está establecido á los hombres que mueran una sola vez; y después es el juicio.* Y tú, ¿por qué juzgas á tu hermano? Dice el mismo á los romanos: *O tú, ¿por qué menosprecias á tu hermano? Pues todos compareceremos ante el tribunal de Cristo.*...

Y así, cada uno de nosotros dará cuenta á Dios de sí mismo, pues no nos juzguemos ya mas los unos á los otros. Y finalmente, con mas extension á los corintios: *Sabemos que si nuestra casa terrestre de esta morada fuere deshecha, tenemos de Dios un edificio, casa no hecha de mano, que durará siempre en los cielos.... Por esto vivimos siempre confiados, sabiendo que mientras estamos en el cuerpo vivimos ausentes del Señor.... Y por esto procuramos con tesón, ahora estamos ausentes, ahora presentes, serle agradables; porque es necesario que todos nosotros seamos manifestados ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que ha hecho, ó bueno ó malo, estando en el propio cuerpo.*

La cuenta que hemos de dar ha de ser tan exacta, que el mismo Jesucristo dice por San Mateo, que toda palabra ociosa que hablan los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio. Así es que seremos examinados detenidamente de los pecados que hubiéremos cometido por pensamiento, de palabra, con las obras, ó por omisión, por el mal ejemplo que hubiéremos dado, por los pecados de otros de que hubiéremos sido cómplices; por las virtudes mismas

que hubiéremos practicado, si la intencion al ejercerlas ha sido viciosa ó imperfecta. En una palabra, sobre las obligaciones generales, particulares y personales que debimos cumplir y no ejecutar. En el Eclesiástico se lee: *Todo cuanto se hace lo traerá Dios á su juicio por cualquiera yerro, sea aquella cosa buena ó mala.* San Mateo nos refiere, entre los cargos que nos hará Dios en el juicio: *Porque tuve hambre, y no me diste de comer; porque tuve sed, y no me diste de beber; era huésped, y no me hospedasteis; desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis.* Sin que se admita la disculpa de no haberlo visto hambriento, sediento, &c.; pues el Señor agrega: *En verdad os digo, que en cuanto no lo hicisteis á uno de estos pequeñitos, ni á mí lo hicisteis.* San Pablo amonestando á los romanos, dice: *Por tu dureza y corazón impenitente, ahora para ti en el día de la ira y de la revelacion del justo juicio de Dios, el cual retribuirá á cada uno segun sus obras; esto es, con la vida eterna á los que perseverando en hacer buenas obras buscan gloria, y honra é inmortalidad; mas con ira é indignacion, á los que son de contienda, y que no se rinden á la verdad, sino que obedecen á la injusticia. . . .* Porque todos los que sin ley pecaron, por ley serán juzgados. Porque no son justos delante de Dios los que oyen la ley; mas los hacedores de ella serán justificados. *Hablad y haced,* dice el Apóstol Santiago, como que empezais á ser juzgados por la ley de la libertad, porque se hará juicio sin misericordia á aquel que no usó misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio. ¿Qué aprovechará, hermanos míos, á uno que dice que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura podrá la fe salvarlo? El Apóstol San Judas al anunciar el juicio, refiriéndose á Enoc, dice, que este profetizó vendría el Señor á convencer á todos los ímpios de todas las obras de su impiedad que malamente hicieron, y de todas las palabras injuriosas que los pecadores ímpios han hablado contra Dios. Estos son murmuradores querellosos, que andan segun sus pasiones, y su boca habla cosas soberbias, que muestran admiracion de las personas por causa de interer. Por último, San Pedro dice á los judíos: *Los que extrañan que no concurráis á la ignominia de la gloria, darán cuenta á aquel que está dispuesto para juzgar vivos y muertos.*

En tan severo exámen las acciones de los hombres no serán juzgadas segun las máximas, el ejemplo y los respetos puramente hu-

manos, sino con arreglo á la eterna verdad, conforme á la divina palabra, y segun el Evangelio de Jesucristo. El mismo Salvador dice por San Juan: *Si alguno oyere mis palabras, y no las guardare, no le juzgo yo. . . . El que me desprecia y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella lo juzgará en el día postrimero. Porque yo no he hablado de mí mismo; mas el Padre que me envió, él me dió mandamiento de lo que tengo de decir, y de lo que tengo de hablar, y sé que su mandamiento es la vida eterna.*

Manifestada ya la verdad del juicio particular que ha de seguir inmediatamente á nuestra muerte, y la severidad, exactitud y reglas que en él han de observarse, fijemos ahora nuestras ideas sobre el juez ante quien hemos de ser presentados. Jesucristo Señor nuestro está adornado de esta calidad, y ha de desempeñar este importante y terrible oficio para con todos los hombres. Así nos lo asegura la revelacion en muchos lugares, de los que algunos son los siguientes. San Juan nos asegura haber dicho el Salvador: *Así como el Padre resucita los muertos y les da la vida, así el Hijo da vida á los que quiere. Y el padre no juzga á ninguno; mas todo el juicio ha dado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honra al Padre. . . . El Padre dió al Hijo el poder de hacer juicio, porque es Hijo del hombre.* San Pedro, segun refieren los Hechos de los Apóstoles, dice: *Jesucristo nos mandó que predicásemos al pueblo, y que diésemos testimonio de que él es el que Dios ha puesto por juez de vivos y muertos.* San Pablo protesta á Timoteo delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar vivos y muertos.

Esta circunstancia de ser Jesucristo el juez, debe hacernos temblar al considerar aquel día tremendo; porque á mas de tomarnos una cuenta exactísima hasta del último instante, él es el mismo que nos instruyó, que padeció y murió por nosotros: nos manifestará su doctrina practicada por él propio, los auxilios con que nos llamó al camino de la verdad, y en fin, sus llagas recibidas por salvarnos: á su perspicacia y su conocimiento no puede ocultarse lo mas leve, así como su rectitud supla nada puede disimular ó despreciar; y su justicia inexorable no ha de hablandarse á nuestros ruegos, ni mudar un ápice de las reglas que tiene establecidas. Inmensa confusion debe cubrir al pecador que se ve en su presencia, sin excusa ni pretexto que poder alegar, sin recurso ni consuelo á

que poderse acoger. Oprimido del peso de las culpas, abrumado con su gravedad, y que en vano intenta ya todos los medios de salvarse, cuando en tiempo oportuno los desprecia por el mas frívolo interes.

Para librarnos, pues, de estos justos y fundados motivos de temor á tan terrible é inexorable juez, es necesario juzgarnos á nosotros mismos para prevenir la exactitud y rigor con que hemos de ser juzgados, siguiendo el consejo que San Pablo da á los corintios: *Si nos examinásemos á nosotros mismos, ciertamente que no seríamos juzgados. Mas cuando somos juzgados, somos corregidos del Señor, para que no seamos condenados con este mundo.* Debemos aplacar ahora á nuestro juez con nuestra penitencia, y procurarnos á toda costa la paz y el consuelo de una conciencia pura, de modo que podamos decir con el Salmista: *En ti, Señor, esperé: tú me oirás, Señor Dios mio... porque preparado estoy para los azotes, y mi dolor está siempre delante de mí. Pues yo publicaré mi iniquidad y andaré pensativo por mi pecado.* Debemos, finalmente, estar siempre prevenidos, velando y orando en todos tiempos, segun el aviso del Señor que nos refiere San Lucas: *Mirad, pues, por vosotros, no sea que nuestros corazones se carguen de glotonería y de embriaguez, y de los afanes de esta vida, y que venga de repente aquel día. Volad, pues, orando en todo tiempo para que seáis dignos de... estar en pie delante del Hijo del hombre.*

DIA DIEZ.

San Macario, obispo de Jerusalem.

San Macario, el mas zeloso defensor de la divinidad de Jesucristo contra los arrianos, nació á fines del siglo III, y en sus primeros años fué conducido por sus padres por las rectas sendas de la virtud, dedicándose al mismo tiempo al estudio de las sagradas letras, en las que hizo considerables adelantos. Por el año 314 lo elevó su mérito á la silla episcopal de Jerusalem, despues de la muerte de Hermon, viniendo á ser el trigésimo nono obispo de aquella ciudad, despues del Apóstol Santiago. Su sólida piedad, la sabiduría de su



S. Macario Obispo.



S. Eulogio Martir.



S. Gregorio Papa Martir.



S. Rodrige Martir.